

A Ana M. Macaulay.

Londres, 21 de Octubre de 1833.

Mi querida hermana: Por fin está aquí Grant, y hemos tenido una conversación larguísima sobre materias públicas y privadas. El gobierno apoyaría mi nombramiento; pero espera una violenta oposición de parte de la Compañía. Indicó mi nombre á los Presidentes (1), y se pusieron furiosos. Saben que yo he estado contra ellos durante todo el curso de las negociaciones que condujeron al *Bill* de la India. Fundan su oposición en mi juventud—objeción muy lisonjera para un hombre que cumple esta semana los treinta y tres.—Hablaron de mí muy bien en otros sentidos; pero parecen muy obstinados.

La cuestión ahora es si los otros directores apoyarán la oposición. De ser así, he aconsejado á Grant muy enérgicamente que retiren mi nombre, que propongan á otro, y que luchen entonces hasta lo último. Se sospecharía que íbamos al negocio, si extremábamos las cosas á favor de uno de nosotros mismos; pero podemos hacer lo que queramos, si es en favor de una persona á quien no se pueda suponer que sostenemos por motivos interesados. A juzgar por la suma sinrazón y pertinacia que se descubren en todas las comunicaciones de la Compañía, me inclino á creer que no será aceptado sin una lucha en que yo no quisiera em-

(1) El Presidente y el Vicepresidente de la Compañía de las Indias Orientales eran entonces Mr. Campbell Marjoribaks y Mr. Wigram.

peñar al gobierno por tal motivo. Lord Grey dice que yo tengo derecho al apoyo gubernamental, si le solicito; pero que, por interés de su administración en general, es muy opuesto á que me marche. No creo que iré. Sin embargo, en pocos días quedará resuelta la cosa.

Me han hablado de Napier. Alaba mi artículo sobre Walpole de una manera exageradísima. Dice que es el mejor de todos los que he escrito, y, *entre nous*, yo no estoy muy lejos de convenir con él. Estoy impaciente por saber tu opinión. Ninguna lisonja me agrada tanto como la doméstica. Dentro de la semana tendrás el número.

Siempre tuyo,

T. B. M.

A Macvey Napier, Esquire.

Londres, 21 de Octubre de 1833.

Querido Napier: Me alegro de saber que le gusta á usted mi artículo. También á mí me gusta, cosa que no suele sucederme. Es muy probable que el público, que por lo común ha sido más indulgente con mis obras que yo, difiera de mi juicio en esta como en otras ocasiones. Si el trabajo tiene algún mérito, le debe á la tardanza de que usted seguramente se habrá lamentado en sus adentros. Yo estaba tan disgustado del artículo, tal y como salió de primeras, que le rehice de arriba abajo; modifiqué todo el plan; suprimí en una parte diez ó doce páginas, y añadí en otra el doble de ese número. Jamás escribí nada tan despacio como la primera mitad, ni tan rápidamente como la segunda.

Respecto de Akenside está usted en un error, que debo desvanecer por su crédito y por el mío. Usted confunde la *Oda á Curión* y la *Epístola á Curión*. La última figura generalmente al fin de las obras de Akenside, y es, á mi juicio, lo mejor que escribió. La oda carece de valor. No es más que un resumen desmañadísimo de la epístola. Johnson dice, en su *Vida de Akenside* (1), que ningún poeta erró su vocación tanto como Akenside cuando se consagró á la lírica. «Habiendo escrito de una manera vigorosa y punzante (son, creo, sus palabras) la *Epístola á Curión*, la transformó después en una oda, que á nadie hizo daño más que á su autor.»

Al decir que Chesterfield (2) había perdido con la publicación de sus cartas, pensaba, naturalmente, que tenía mucho que perder; que ha dejado una inmensa reputación de ingenio, gusto y elocuencia, según el testimonio de todos sus contemporáneos de todas partes; que lo que queda de su oratoria parlamentaria es superior á todo lo que ha llegado á nosotros de la época, excepto algo de Pitt. Lo más que puede decirse de las cartas, es que son las cartas de un hombre hábil; y no hay muchas que merezcan siquiera ese elogio. Creo que gozaría de más alto pre-

(1) «Akenside fué uno de los jóvenes patriotas más fervorosos é intransigentes. Cuando vió que el cambio de gobierno no había producido un cambio de sistema, dió rienda suelta á su indignación en la *Epístola á Curión*, el mejor poema que ha escrito: poema que parece indicar que, si hubiese dejado la lírica á Gray y á Collins, y hubiese consagrado sus facultades á la sátira seria y elevada, hubiera podido disputar la preeminencia á Dryden.»—Macaulay, *Estudio sobre Horacio Walpole*.

(2) «Lord Chesterfield alcanza en la posteridad mucha menos estimación de la que hubiese disfrutado, á no publicarse sus cartas.»

dicamento, si para juzgar sus facultades no hubiésemos tenido más que la tradición y fragmentos de discursos parlamentarios, como nos ocurre con Chatham, Mansfield, Carlos Toswshend y otros muchos.

No dije nada de la crítica de lord Byron sobre Walpole, porque creo que, como la mayor parte de las críticas de su excelencia, no merece refutarse. Sobre el drama desbarró lord Byron más que sobre ninguna otra materia. Quería haber restaurado las unidades. Fué tan desafortunado en la práctica, como absurdo en la teoría. La admiración de la *Madre Misteriosa* acreditaba su juicio tanto como el tener á Gifford y á Rogers por más grandes poetas que á Wordsworth y á Coleridge.

Siempre sinceramente suyo,

T. B. M.

Londres, 28 de Octubre de 1833.

Querida Ana: Deseo tener á Malkin (1) de jefe de la Comisión de Cantón, y Grant parece ahora muy inclinado á este pensamiento. Malkin es hombre de un temple, de un juicio y de una firmeza singulares. El peligro y la responsabilidad, en vez de agitarle y aturdirle, ponen en juego todas las energías que lleva dentro de sí. Tal fué la razón de sus grandes éxitos en Cambridge. Hizo allí un papel muy superior al que correspondía á su saber y á su talento, con ser su saber y su talento altamente estimables. Pero en cuanto se sentaba para examinarse, que es cuando cualquier otro, por una turbación natural, se desen-

(1) Sir Benjamín Malkin, amigo de colegio de Macaulay, fué luego magistrado del Tribunal Supremo de Calcuta.

vuelve peor que nunca, entonces precisamente es cuando él empezaba á hacerlo mejor. Su inteligencia era más lúcida y su porte más sereno que de costumbre. Es el hombre cortado para tomar su partido en tres minutos, si el virrey de Cantón montase en cólera, si las turbas rugiesen á las puertas de la factoría y un buque de guerra inglés se preparase á bombardear la ciudad.

A propósito de destinos: mi padre ha vuelto á hablarme de P*** ¿Lo creerás? ¡Ese mozo tiene ciento veinte libras anuales mientras viva! Yo no puedo dar crédito á mis oídos. Pero así es; y yo, que no tengo un penique, y que me encuentro con media docena de hermanos tan pobres como yo, he de remover cielo y tierra para empinar á ese muchacho que, sobre ser el más tonto, es también, me parece, el más rico de los parientes que tengo en el mundo...

En la ciudad no hay nadie á quien yo conozca fuera de las personas oficiales, y éstas han dejado en el campo á sus mujeres y familias. Anteayer, es verdad, encontré á Poodle Byng en la calle, y me instó á ir á Brook, porque, según decía, allí estaba lord Essex tratando de reunir gente para una comida, maldiciendo y jurando por estar fuera todos sus amigos, y deseando—¡qué honor!—que estuviese en Londres Macaulay. Yo guardé toda la dignidad de una señorita en un *affaire du cœur*. «No correré tras Milord, téngalo usted por seguro. Si me necesita, sabe dónde puede encontrarme.»

Siempre tuyo,

T. B. M.

Londres, 1.º de Noviembre de 1833.

Querida Ana: No tengo mucho que añadir á lo que te dije ayer; pero todo lo que tengo que añadir versa sobre una misma cosa. Marjoribanks y Wigram han dimitido. Tenemos nuevo presidente y vicepresidente, los dos muy favorables á mí. Sharp, con quien estuve ayer en un banquete, me dijo que le había hablado del asunto mi antiguo enemigo James Mill. Mill, como sabes, está al frente de uno de los departamentos de la administración de la India. El último Presidente le consultó acerca de mí, esperando, supongo, que contaría con su oposición. Mill dijo muy generosamente que aconsejaría á la Compañía que me aceptase, porque, tal y como andamos de hombres públicos, yo era muy superior al promedio, y, si me rechazaban, creía muy difícil que encontrasen otro tan idóneo. Esto es todo lo que tengo que contarte. No es mucho. Pero deseo que estés tan al corriente como yo de todo lo que pasa.

Me dijo el viejo Sharp que yo obraba muy cuerda-mente, pero que él no volvería á verme (1); y lloraba al decirlo. Yo le animé, diciéndole que regresaría á Inglaterra antes de fines de 1833, y que no había nada de imposible en que volviésemos á vernos. Se animó al cabo de un rato; me aseguró que me escribiría, y me contaría toda la historia secreta de la política y de la sociedad; y prometió escoger los mejores libros, y enviármelos regularmente... Le dije qué hermana tan querida tenía, y con qué diligencia se había avenido

(1) Mr. Sharp murió en 1837, antes de que Macaulay regresase de la India.

á acompañarme. Lo mismo le había dicho á Grant por la mañana. Los dos alabaron mi buena fortuna por tener tal compañía.

Siempre tuyo,

T. B. M.

Londres... Noviembre de 1833.

Querida Ana: Las cosas están como estaban, con la diferencia de que la noticia de mi nombramiento se divulga más cada día, y me veo acosado por comerciantes que me piden permiso para hacerme á mi cien camisas de algodón y cincuenta batas de muselina á ti, y por empleados de todas partes que solicitan ser mis secretarios. Hoy no estoy de muy buen humor, porque acabo de recibir una carta del pobre Ellis, á quien no había participado mi proyecto hasta ayer. Me escribe tan cariñoso y apesadumbrado, que me aflige. Hay pocos, á la verdad, de quienes me separe con tanta pena; y el pobrecillo dice que, después de su mujer, soy la persona por quien siente un cariño más profundo y en quien tiene la confianza más ilimitada.

El 11 de este mes darán un banquete á Lushington los electores de las Tower Hamlets. Me ha asediado á importunidades para que asista y pronuncie un discurso en su favor; y mi padre ha apoyado su súplica. Dios sabe que, en estos tiempos, para un hombre que representa, como yo, una ciudad de ciento veinte mil almas, ya es bastante tener contentos á sus propios electores; y yo nada tengo que ver con los tejedores de Spitalfields y los carniceros de Whitechapel. Pero, desde que salí airoso en lo que todo el mundo mira

como la empresa más arriesgada que se ha acometido —me refiero á la empresa de convencer á un público de fabricantes, todos whigs ó radicales, de que era imposible la alteración inmediata de la legislación sobre los cereales,—soy considerado como un médico de primera fuerza para los casos desesperados de la política. Pero, dejando aparte este deleitoso tema de mis propias alabanzas, Lushington, que no es muy popular entre la plebe de las Tower Hamlets, cree que un discurso mío le pondría más en candelero. No pude decirle que no redondamente, escudado como venía en mi padre. Sólo dije que asistiría, si estaba en Londres el 11; pero añadí que, dada la situación en que me encontraba, era muy probable que me hallase fuera.

Esta noche voy á la *soirée* de miss Berry. No sé si te dije que se disgustó tanto con mi artículo sobre Walpole, que sir Stratford Canning me aconsejó que no me acercase á ella. Fué la gran favorita de Walpole, que le dedicó sus *Reminiscencias* en los términos encomiásticos más galantes. Cuando él estaba á las puertas de la muerte, á los ochenta cumplidos, solicitó casarse con ella, sólo con el propósito de hacerla condesa y dejarla su fortuna. Sabes que en *Vivian Grey* la llama miss Otranto. Siempre temí que mi artículo la sacaría de sus casillas, y no me equivocaba; pero anda rondándome otra vez, y días pasados me mandó una invitación muy bondadosa y apremiante.

Ultimamente he estado en movimiento, comiendo dos veces con Rogers y una con Grant. Lady Holland se halla en una disposición de espíritu sumamente extraordinaria. Vino á casa de Rogers, con Allen, de tan mal talante, que todos tuvimos que unirnos y hacer causa común contra ella. No hubo una persona á

la mesa con quien no fuese desabrida; y ninguno de nosotros estaba resignado á someterse. Rogers sonreía desdeñosamente; Sydney se burló despiadadamente de ella; Tomás Moore la miraba de la manera más impertinente; Bobus la bajó los fueros con la rudeza más descarnada; y yo la traté con la más fría cortesía. Allen se enfureció con todos nosotros, y especialmente con Sydney, que estuvo tremendo. Cuando se fueron ella y todos los demás, Rogers nos hizo sentarnos á Tomás Moore y á mi con él durante media hora, y charlamos sobre los sucesos de la noche. Rogers decía que el ardimiento de Allen en defensa de su soberana era lo mejor que había visto en él. Apenas estuvimos Tomás y yo en la calle, me dijo él á boca de jarro: «¡Que un pez como Rogers diga tales vaciedades, y crea que Allen tiene apego á nada fuera de su comida! Allen lo que estaba es quemándose de envidia al vernos á todos tan independientes, teniendo él conciencia de su propia servidumbre.»

Lady Holland ha mejorado mucho con esa disciplina. Me ha abrumado después á fuerza de atenciones é invitaciones. He dado por fin con la causa de su mal humor, ó, por lo menos, de la parte que me tocó á mí. Está rabiosa por mi artículo sobre Walpole, pero ignoro por qué parte de él. Sé que es íntima de los Waldegraves, á quien pertenecen los manuscritos, y en cuyo beneficio se publicaron las cartas. Pero mi crítica no era para perjudicar á la venta del libro. Lord Holland me dijo en un aparte que estaba completamente de acuerdo conmigo, pero que haríamos mejor en no discutir el asunto.

Una esquela; y por cierto de Lady Holland: «Querido Mr. Macaulay: Le ruego que se abrigue bien, y se venga con nosotros el miércoles.» No, mi buena se-

ñora. El miércoles estoy convidado á comer en la Albion Tavern con los directores de la Compañía de las Indias Orientales, ahora mis servidores, y en la próxima semana, supongo, mis amos.

Tuyo siempre,

T. B. M.

A Ana M. Macaulay.

Londres, 22 de Noviembre de 1833.

Mi querida hermana: Se ha aplazado una semana la decisión; pero no es de presumir un resultado desfavorable. Los presidentes han recogido las opiniones de sus colegas; y resulta que, de veinticuatro directores, sólo seis ó siete votarán contra mí.

El miércoles comí con los directores en la Albion Tavern. Había unas sesenta personas, entre ellas varios militares eminentes. La gran afabilidad con que varios de los directores pidieron serme presentados, y brindaron por mí en el banquete, me indujo á creer que los presidentes no han exagerado las disposiciones del Consejo. Uno de ellos, gran amigo de nuestro tío el general, me dijo con todas sus letras que se alegraba mucho de saber que yo iba á estar á su servicio. Otro, á quien no conozco siquiera de vista, instó al presidente á proponer mi brindis. El presidente, con buen acuerdo, se negó. Hubiese sido un trance difícil tener que dirigirles un discurso en las presentes circunstancias.

No hay que decir, cariño mío, que todos tus gastos desde el día de mi nombramiento corren de mi cuenta. Mi pensamiento actual, después de oír á gente cono-